

## Napoleón en Santa Elena

# LA MUERTE LENTA

ROBERT STENUIT

**E**L destino de Europa, esbozado en el congreso de Viena, cristalizó como es sabido, el 18 de junio de 1815 en el célebre campo de batalla de Waterloo.

Pero, ¿se sabe la continuación? La huida del emperador derrotado y enfermo. Sus dilaciones. La tentación de reunir los restos de sus ejércitos y los regimientos que no habían intervenido en Waterloo. Sus dudas sobre la acogida que le dispensaría París. El interminable peregrinar de castillo en castillo por toda Francia. Sus entrevistas secretas con su hermano José, a quien confió los fondos enormes y más importantes que el oro: todas las cartas que le escribieron en los días de gloria sus «buenos primos» los soberanos de Europa. El proyecto de huir con él, el mayor de la familia, hacia la América libre; luego, la estancia en la isla de Aix para negociar finalmente su rendición a los ingleses, y el embarco voluntario en el H.M.S. *Bellerophon*, que iba a trasladarle a las costas de Inglaterra. Allí embarcaría en el *Northumberland*, que debería llevarle al fin del mundo, a esa isla de Santa Elena donde el Emperador expiraría al término de la larga agonia que fueron sus seis años de exilio...

### Los «briars»

El 9 de agosto de 1815, el *Northumberland* y siete barcos de escolta abandonaron Inglaterra con el prisionero. El 14 de octubre, la mole oscura de la roca de Santa Elena aparecía por primera vez ante los anteojos del «General Buonaparte», como se empeñaban en llamarle aquellos a quienes se había rendido el Emperador.

Observó largamente los acantilados, negros, rojos, mellados, erizados de cañones, coronados de enormes cactus.

—No es un precioso lugar para vivir —dijo finalmente el emperador, apoyado en el brazo de Marchand, su ayuda de cámara—; mejor habría hecho quedándome en Egipto. Ahora sería emperador de todo el Oriente.

El *Northumberland* permaneció fondeado en la bahía de Jamestown toda la jornada del 15, mientras en tierra se afanaban preparando la llegada de los franceses. Anochecido, Napoleón y su séquito desembarcaban en Jamestown en medio de la curiosidad pegajosa de los habitantes. El primer paso en tierra de exilio lo dio Napoleón sobre el primer peldaño de una escalera: la que hoy es escalera central, todavía utilizada por los pescadores de atún (posteriormente se habilitaron otras dos, una a cada lado, en el mismo muelle). De allí, subió a pie

hasta una puerta que se abría en la muralla de la fortificación; puerta hoy condenada (se encuentra cerca de las pistas de tenis, instaladas a lo largo de los fosos) y no, como se ha escrito a menudo equivocadamente, por la puerta actual, más espectacular desde luego, pero más reciente.

Así entró en la pobre posada donde, sin ninguna comodidad, iba a pasar la primera noche de exilio. La «Porteous Inn», en la parte baja de la calle principal, junto a un parque muy hermoso, había sido destruida por un incendio (en el solar que ocupaba se alza hoy una sala de cine). La posada fue alquilada por una semana para los prisioneros, en espera de que terminaran los trabajos de ampliación y acondicionamiento de la «Longwood House», residencia de ve-

*Después de una noche de insomnio en una pobre posada, Napoleón emprendió la marcha a caballo por una calle que hoy lleva su nombre.*







«El jardinero de Santa Elena», grabado de la Biblioteca Nacional francesa.

rano del Lugarteniente Gobernador.

El 16 por la mañana, escoltado por el almirante Cockburn que le había traído en el *Northumberland*, Napoleón fue a caballo hasta la meseta de Longwood para ver su futura residencia. Se encontró, escribe Marchand, «con una vivienda sin sombra, sin agua, expuesta al viento del sudeste que la azotaba constantemente, y que en ese momento se dejaba sentir con violencia». Pero cuando descendía «medianamente encantado» de Longwood, donde el lugarteniente gobernador y Mrs. Skelton le habían invitado a almorzar muy cortésmente, Napoleón divisa un paisaje encantador, un valle resguardado de los vientos dominantes, abierto hacia el sur, una cañada verdeante refrescada por una cascada que cae pulverizando el agua desde un precipicio cortado por la erosión en forma de corazón. Era un parque, una hermosa propiedad, con todos los árboles de los trópicos, todas las flores, y todos los pájaros. Napoleón abandona el programa y convence a Cockburn para que se adelante con él hacia la sorprendida anfitriona. Mrs. Balcombe y sus son-

rientes hijas les dispensan una acogida cariñosa. En seguida se da cuenta la anfitriona de que el ilustre prisionero preferiría mucho más instalarse en este lugar encantador que en la posada marinera de Jamestown. William Balcombe, atado al lecho por la gota, ofrece al punto su casa; pero el emperador sólo accede a utilizar un pabellón de verano, de construcción ligera, de estilo chino, en lo alto de un montículo, a escasa distancia del edificio principal.

A este pequeño y único recinto Marchand y el general conde Bertrand, gran mariscal traerán el eterno lecho de campaña, un lavabo de pie, y el estuche de tocador, de plata. Desde el día siguiente, el jefe de servicio Pierron y el cocinero Lepage organizan una cocina improvisada en una dependencia de la propiedad. Una tienda erigida amablemente por el comandante de la guarnición hace alternativamente de comedor y de gabinete de trabajo.

«Durante cerca de dos meses», escribe Gilbert Martineau, «Napoleón vivirá allí... lo que uno siente la tentación de llamar las horas rosa del

exilio. El terrible impacto nervioso de Waterloo, la abdicación, la huida por el Oeste de Francia, se desdibujan bajo el efecto benefactor del olvido. La tranquilidad de esta morada, la deferencia cortés de Balcombe, la amabilidad de los hijos, el silencio del parque... actúan como una verdadera cura de reposo».

Y entre paseo y paseo, trabaja. Continúa dictándole a Las Cases sus «Campañas de Italia», iniciadas durante la travesía; después, acomete las «Campañas de Egipto», el «Consulado» y el «Regreso de la Isla de Elba». Después de cenar, le encanta reunirse con la familia Balcombe para pasar la velada con ellos. «Son buena gente», dirá él. Le encanta la lozanía de los hijos, sobre todo de la pequeña Betsy (que escribirá más tarde sus «Memorias»), y se convierte en un «viejo tío guasón».

Pero durante este tiempo, el almirante Cockburn se ocupa de tender alrededor de Bonaparte una red de la que ya no saldrá. Cockburn había tomado el mando a su llegada a la isla, que pertenecía entonces, de hecho, a la Compañía Inglesa de la



# NAPOLEON

India Oriental. Lo seguirá teniendo hasta la llegada esperada de un nuevo gobernador, Hudson Lowe; pero lo ejerce conjuntamente con el antiguo gobernador, el coronel Wilkes. La evasión de la isla de Elba no se puede repetir. ¡Bajo ningún concepto!. Está en juego la paz de Europa. Para custodiar a un solo prisionero, el almirante dispone de ocho compañías de infantería y un destacamento de artillería llegado en el convoy, además de setecientos soldados y cincuenta oficiales de la compañía que constituye la guarnición normal de la isla. Sus órdenes son categóricas: «El general debe ir constantemente acompañado por un oficial designado por el gobernador o el almirante... Cuando haya navíos en puerto, y durante el tiempo que estén a la vista, el general deberá permanecer confinado dentro

el 10 de diciembre debe hacer el equipaje. El almirante va a buscarle a los «Briars»; se despide de sus anfitriones, regala un estuche de oro con el sello imperial a M. Balcombe, Betsy solloza; Napoleón monta a caballo. Va a comenzar el verdadero exilio.

## Longwood House

Cuando Napoleón se instala en Longwood House, todavía es un caserón destaralado, provisto a toda prisa de unos cuantos muebles que se han podido encontrar en la isla.

Se han construido con tablas unas cuantas habitaciones más para las cocinas y los criados. Los miembros de su séquito se alojan en cuerpos anejos al edificio; salvo el general Bertrand, Gran Mariscal, que irá a instalarse

queña terraza abovedada que da acceso a la antecámara-sala de billar. Es la habitación más grande y la más clara de la casa. La habitación siguiente, en fila, es el salón. Ahí es donde el emperador, con cuidado protocolo, dará audiencia a las personalidades británicas de la isla y (mediante un pase del gobernador) personas de importancia que hacen escala en Santa Elena. No verá al gobernador más de seis veces. Después de la última entrevista, tormentosa, los dos hombres se dejarán de ver. El salón comunica con el comedor, pieza muy oscura que da acceso, a la derecha, al gabinete de trabajo, el cual comunica a su vez con la habitación de la esquina, que es el dormitorio de Napoleón. En el cuarto de baño contiguo está la gran bañera de cobre donde el exiliado pasará cada día varias horas de descanso, sumergido en agua caliente hasta el cuello. Unos sirvientes chinos entran el agua por la ventana, jarro tras jarro. El ayuda de cámara Marchand duerme arriba; pero cada noche, un criado de turno —alternativamente, Ali o Noverraz— duerme en la pequeña habitación contigua al cuarto de baño.

Los Montholon ocupan las habitaciones opuestas al dormitorio imperial. Después de su marcha, las convertirán en biblioteca. Menos afortunados, Las Cases y su hijo son relegados a arriba, a una especie de desván donde pasan las largas horas de la noche poniendo por escrito la crónica de los pequeños incidentes del día; como hacen, por otra parte, todos los miembros de la casa.

Exiliado en Londres durante la Revolución, y hasta entonces literato más menesteroso que ilustre, el conde de Las Cases, que fue capitán de navío y consejero de estado ocasional en 1814, vio al parecer en una estancia de trece meses junto al emperador en el exilio (será expulsado a fines de 1816) la posibilidad de escribir el reportaje de su vida. Publicado después de la muerte de Napoleón, el «Memorial de Santa Elena» le proporcionará holgura y celebridad.

El conde Bertrand, ayuda de campo del emperador desde 1807 después Gran Mariscal de palacio, le ha seguido por fidelidad con su esposa la condesa Fanny y sus hijos.

El general Montholon y su esposa, la muy lozana y muy hermosa Albine, están allí también por fidelidad, o quizá porque se han comprometido demasiado durante los Cien Días para esperar cambiar de campo una vez más. También están esos rumores que corren con insistencia a propósito de la intimidad de Albine de Montholon con el emperador. ¿Es casualidad?



La isla de Santa Elena es una de las más aisladas del mundo; se encuentra en pleno Atlántico, a 16° latitud Sur; 50°45', longitud Oeste a 1.150 millas de la costa oeste africana y a más de 2.000 de Brasil.

de los límites vigilados por los centinelas... Se le notificará al general que toda tentativa de fuga significará la reclusión forzosa... Todas las cartas dirigidas al general o a las personas de su séquito deberán ser remitidas al almirante o al gobernador, antes de serles entregadas...»

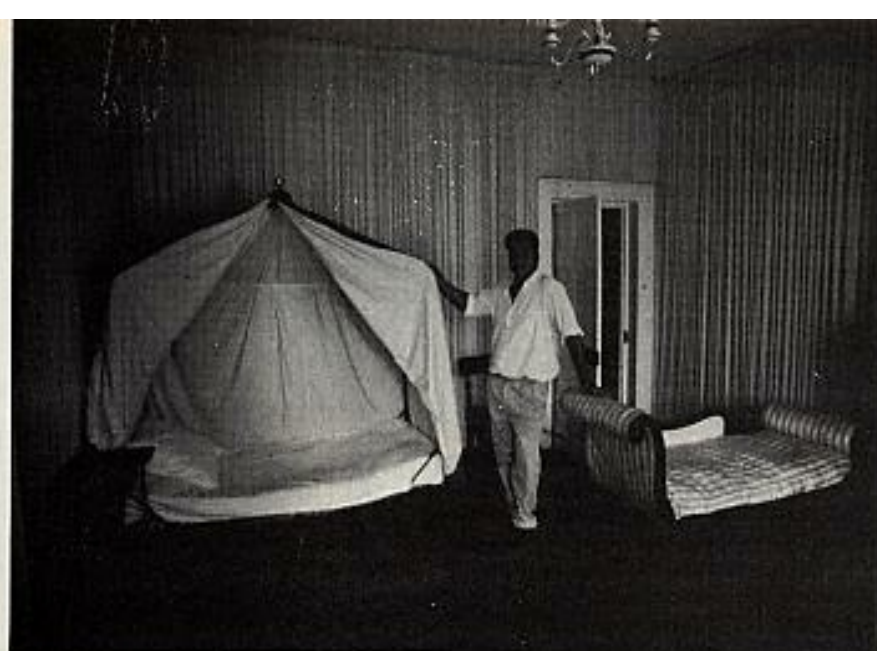
Entretanto, los trabajos avanzan. Ya puede efectuarse la mudanza, anuncia pronto Cockburn. Napoleón protesta; aún no han terminado de pintar, los carpinteros del *Northumberland* no han acabado de ampliar y el aire retiembla con sus martillazos. No obstante,

con la condesa Fanny y sus hijos a unos kilómetros de allí, en una casa rodeada de verdor. Marchand va a ocuparse de instalar los pocos muebles que han traído, los que siguieron al emperador en todos los campos de batalla de Europa. Colgará de las paredes los retratos de la familia imperial, y distribuirá sobre las cómodas la vajilla de plata y los candelabros.

El arreglo interior de la casa no terminará hasta julio de 1816.

Desde este momento, la entrada a Longwood House, construida en forma de T, se efectúa por la pe-





*El guarda-jardinero de Longwood muestra la cámara del Emperador.*

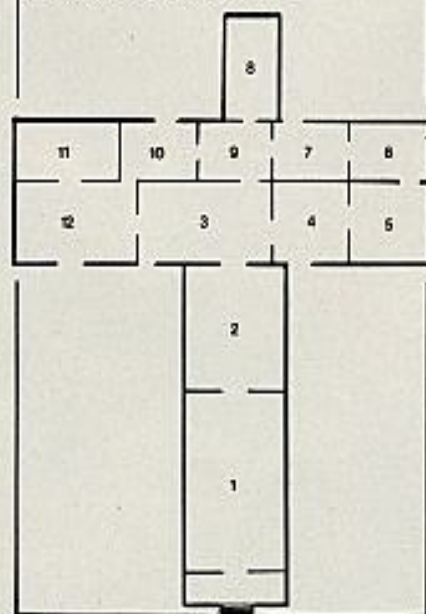
Las habitaciones de los Montholon se encuentran sólo separadas de las de Napoleón por la antecocina...

Por último, la suerte del general Gourgaud, está unida también, indisolublemente, a la del Emperador.

### PLANO DE LONGWOOD HOUSE

Hoy museo del exilio. Arriba, las buhardillas estaban ocupadas por la servidumbre. Los miembros del séquito imperial se alojaban en su mayoría en cuerpos separados del edificio o, como en el caso del conde Bertrand, Gran Mariscal, a cierta distancia.

1. Sucesivamente: comedor, cuarto de trabajo, sala de billar y, posteriormente, antecámara.
2. Salón. Aquí es donde murió Napoleón.
3. Al principio Biblioteca; luego, comedor (a partir de 1816).
4. Gabinete de trabajo, que hizo de capilla ardiente.
5. Dormitorio de Napoleón.
6. Cuarto de baño.
7. Dormitorio del ayuda de cámara Marchand.
8. Bodega.
- 9, 10, 11. Habitaciones de los Montholon.
12. Dormitorio de los Montholon; luego biblioteca (a partir de 1816).



Julio-agosto 1981

Soldado excelente, Gourgaud está celosamente ligado a Napoleón, dolido incluso por el favor de que gozan los «nuevos» (Las Cases y los Montholon); abandonará Santa Elena en 1818.

Pero el hombre que más dará sin duda a Napoleón en el exilio, es el primer ayuda de cámara, Louis Marchand, muy joven aún, que está al servicio de la casa imperial desde 1811. En las Tullerías, en la Isla de Elba, durante los Cien Días, y finalmente en el exilio, su fidelidad es total. Será el criado solícito, el auxiliar, el sostén, el enfermero siempre servicial. En su testamento, Napoleón escribirá: «Los cuidados que me ha dispensado Marchand son los de un amigo».

Louis Etienne Saint-Denis, apodado Ali en recuerdo de un mameluco del mismo nombre que fue favorito del Emperador durante poco tiempo, completa, con el corso Cipriani, el círculo de subalternos fieles. Cipriani, ex espía, intrigará en Santa Elena. Morirá «de violentos dolores intestinales...» en circunstancias jamás aclaradas.

La vida cotidiana en Longwood House cae rápidamente en una especie de rutina. Los paseos a caballo o en calesa han durado poco tiempo; Napoleón soporta mal las molestias que implican, las autorizaciones que hay que pedir con antelación para poder alejarse. Así que se refugia en su trabajo. Dicta, lee, reorganiza sobre el papel los ejércitos, la enseñanza, la administración y el mundo entero.

Cuando hace buen tiempo, vestido de plantador, con sombrero y todo, Napoleón transforma su estado mayor en jardineros para crear alrededor de los edificios un parque que sustituya poco a poco al árido desierto del lugar. Pero cuando llegan las lluvias, cuando se forma la niebla invernal en la fría meseta, en la que los alisios del sudeste traen un aire marino cálido y cargado de humedad

que en seguida se condensa, no puede hacer otra cosa que replegarse en sí mismo, esperar leyendo, tendido en un sofá, la hora de la cena. La cena es el momento importante del día. Se sirve con gran etiqueta sobre un servicio de Sèvres, en vajilla de plata, con cubiertos que ostentan el sello imperial, y a la luz de velas hincadas en candelabros de plata dorada.

Después del café, siempre servido en el salón, y en otro servicio de manufactura de Sèvres, se empieza una partida de cientos o de ajedrez, o bien lee el emperador, o se habla incansablemente de todos los temas posibles.

Con el paso de los años, la monotonía de los días se verá cada vez menos rota por los paseos y las excursiones, que van reduciéndose a recorrer las alamedas del parque, exiguo, pero agradable, desde que los criados construyeron una pequeña glorieta con vistas al mar y un estanque donde crecen nenúfares. La inactividad forzada y los excesos de la mesa perjudican la salud de Napoleón. La humedad y los cambios rápidos de temperatura (desciende diez grados cuando se pone el sol), fueron causa de frecuentes catarros y un poco de reumatismo. En 1816, un ataque de disentería es atribuido a los vinos adulterados (colorantes y litargirio). En 1817, sufre un nuevo ataque; luego, en septiembre, se siente aquejado de debilidad, somnolencia e hinchazón de piernas. Pronto el doctor O'Méara diagnostica una hepatitis. Los remedios y los tratamientos no surten efecto.

En 1818, O'Méara es expulsado de la isla, sospechoso de complicidad en alguna intriga de los franceses y acusado de exagerar, por motivos políticos, la gravedad de las indisposiciones del prisionero. Ahora bien, desde este momento, la hepatitis alcanza un estado agudo y se teme la aparición de una úlcera. El último diagnóstico del doctor O'Méara describe claramente un síndrome complejo de trastornos digestivos de origen psicológico.

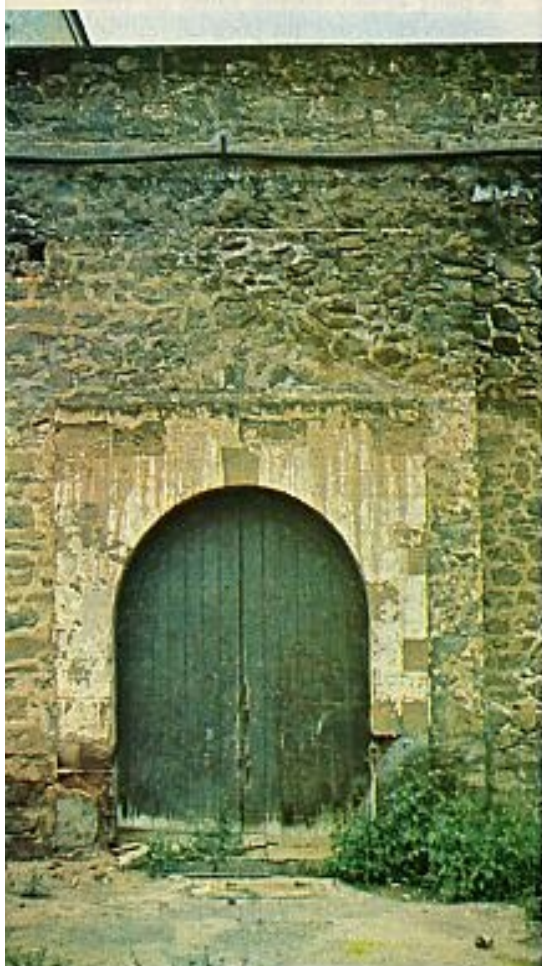
En enero de 1819, un médico inglés confirma los temores de los allegados, a los que añade el del peligro inmediato de un ataque. En septiembre, «el enfermo está débil y sufre» (Bertrand). Por consejo de un nuevo médico, el doctor Antommarchi, Napoleón vuelve más regularmente a sus actividades de jardinero. Mejora,



# NAPOLEON



Arriba, Longwood House que a la llegada de Napoleón a Santa Elena era una «casucha miserable» situada en una meseta árida, azotada por los alisios. Los jardines que la rodean fueron creados por el Emperador. Abajo, a la izquierda, la antigua poterna del castillo de Jamestown, la capital de la isla, por donde entró Napoleón en octubre de 1815. No volvería a cruzarla con vida. Abajo, a la derecha, el comedor de Longwood House, hoy restaurado gracias a los cuidados del cónsul de Francia.







De izquierda a derecha y de arriba abajo: -El pabellón de los «Briars» (los «Escaramujas») donde el ex emperador pasó los primeros meses de su exilio. -Vista de la costa sur de la isla, al fondo «las puertas del caos» y el pan de azúcar llamado «la mujer de Lot». -Agujeros en las celosías efectuados por Napoleón para observar con sus gemelos tanto sentado como de pie, las idas y venidas de sus guardianes. -La tumba de «Sane Valley», hoy una de las tres posesiones francesas en Santa Elena, junto con los «Briars» y Longwood House.





## NAPOLEON

aunque no toca un rastrillo, y se contenta con supervisar y organizar el trabajo de todos. Pero en julio, y luego en agosto de 1820, nuevas preocupaciones y nuevas tristezas van a minar su organismo. Gourgaud se ha marchado, Albine de Montholon se ha marchado. El gobernador inglés amenaza ahora con expulsar al general Bertrand. Napoleón sufre fiebres violentas, tiene el hígado hinchado, ya casi no se efectúa la digestión. En enero de 1821, tiene el color grisáceo y no puede tragar más que caldos. Actualmente se cree que los síntomas son de un cáncer del aparato digestivo muy probablemente de origen psicosomático.

Pronto, no retiene alimento alguno. El 25 de abril, vomita sangre. Ahora bien, él sabe que su padre había muerto de un «cirro» de pílora, y que la enfermedad es hereditaria. Hace ya el testamento. El 1 de mayo sufre un síncope; el 3, recibe los sacramentos; el 5, muere en el pequeño salón, con la mirada fija en el rey de Roma.

## El Valle de la Tumba

Yendo a casa de los Bertrand, Napoleón había sentido deseos un día de pasear por el pequeño valle que se extiende por debajo de la casa. En el fondo del valle brota un manantial de agua exquisita. Napoleón la prueba, y en adelante, los criados chinos irán todos los días a traer dos garrafas para su mesa. Volverá a menudo a tomar el fresco bajo los tres sauces llorones que dan sombra a la fuente. Un día, dirá a Bertrand:

—Si cuando muera mi cadáver está en manos de mis enemigos, lo depositaréis aquí.

Muerto Napoleón el 5 de mayo, es Bertrand quien organiza los funerales. El gobernador, sir Hudson Lowe, accede al último deseo del exiliado. Los funerales se celebran el 9 de mayo. Oficia el abad Vignali. El ataúd abandona Longwood en la calesa del Emperador transformada en coche fúnebre (hoy conservada en Los Inválidos). Los soldados del 20 regimiento le dan escolta. Bertrand y Montholon siguen a los restos mortales con los criados fieles y el gobernador de la isla, lady Lowe y los principales oficiales de la guarnición. Los honores que se le rinden son los que se deben a un oficial general, nada más. Sin embargo, tres mil soldados se alinean a uno y otro lado del camino, con el arma a la funeraria, y a cada minuto, los cañones del buque insignia fondeado y los cañones de la batería de Hutt's Gate retumban lúgubremente.

Desde la carretera, el ataúd es llevado por veinticuatro soldados de la guarnición que se releven en grupos de a ocho. El camino que toman, especialmente trazado para la ceremonia, es el que siguen hoy los visitantes que descienden de la carretera hacia la losa de la tumba.

Sobre la piedra que cubre la fosa, los generales Bertrand y Montholon querían que se grabase la palabra

«Napoleón». El gobernador, sir Hudson, se opuso. Para él, no podía ser más que «Napoleón Buonaparte». La losa quedó sin inscripción. Así continúa hoy.

Transcurrieron diecinueve años. Luego, el príncipe de Joinville, hijo del rey Luis Felipe, al mando de la fragata *La Belle Poule*, fondea en la bahía de Jamestown. De acuerdo con el gobernador británico, viene a bus-

## LAS POSESIONES FRANCESAS DE SANTA ELENA

*A finales de 1815, un pequeño pabellón construido al estilo chino en una cañada verdeante dio cobijo a los dos primeros meses de exilio del general «Buonaparte». El pabellón y la propiedad se llamaban los «Briars» (los «Escaramujos»). «Longwood House», en la meseta pelada y azotada por los alisios, iba a ser después, durante cerca de cinco años y medio, la húmeda prisión donde iba a extinguirse poco a poco la energía del gran vencido. Finalmente, el 9 de mayo de 1821, «Sane Valley» acogería sus restos. El «Valle de la Tumba» iba a guardarlos cerca de veinte años bajo una losa anónima.*

*Hoy, estos tres lugares cargados de historia son propiedad de Francia. Las «Poseciones francesas de Santa Elena», en territorio británico, se encuentran en lo que se llama la «Colonia de la Corona de Santa Elena, Ascensión y Tristán da Cunha». Están administradas por el Ministerio de Asuntos Exteriores que tiene designado allí un cónsul, el cual ejerce igualmente las funciones de administrador de las Posesiones Nacionales y de conservador de «Longwood House», el museo del exilio, donde se ha podido reunir, con parte del mobiliario original encontrado, una colección muy bella de muebles y objetos de la época, copias de documentos y objetos de arte. El actual cónsul de Francia, M. Gilbert Martineau, conservador meticuloso, es un especialista en historia del Imperio.*

*La isla de Santa Elena, una de las tierras emergidas más aisladas del mundo, se encuentra en pleno Atlántico sur, a 16° latitud sur, 50° 45' longitud Oeste. Está a 1.150 millas de la costa oeste de África y a más de 2.000 millas de Brasil. La tierra más próxima es la isla de Ascensión, a 800 millas al noroeste.*

*La isla de Santa Elena tiene una longitud de 15 kilómetros y una anchura de 9. Cuenta con 5.500 habitantes, de los cuales varios centenares son «expatriados», funcionarios, empleados de la sociedad «Cable and Wireless Service» que cuidan de las comunicaciones de los Asuntos Exteriores británicos con Asia y Oriente. La mayoría de la población tiene mezcla de sangres; desciende de soldados ingleses, empleados ingleses de la compañía de la India Oriental, esclavos importados de África o de Madagascar, malayos, chinos e indonesios traídos por sus especialidades profesionales, etc.*

*Cuando descubrieron la isla, el 21 de mayo de 1502, los portugueses guardaron secreto sobre su existencia durante ochenta años. La isla, situada en la ruta de retorno de las carracas que vienen de las Indias Orientales, era un punto de escala ideal. Los portugueses, sin habitarla, habían plantado árboles frutales, yerbas medicinales y legumbres. Habían soltado en las montañas cabras y cerdos que pronto se volvieron salvajes, de los cuales se aprovechaban en sus escalas. Descubierta por los ingleses y conocida por los holandeses, la isla se convirtió en campo de batalla. Ocupada por los holandeses, fue reconquistada por los ingleses en 1558. Después, entregada a la Compañía de la India Oriental, fue administrada por esta como territorio privado hasta 1834, fecha en la que volvió a ser una posesión británica. Hoy es colonia de la Corona.*

*Hasta la apertura del canal de Suez, más de mil quinientos navíos hacían escala anualmente en la isla de Santa Elena para hacer aguada, cargar carbón y provisiones. Después de la apertura del canal, la isla ha perdido toda importancia comercial o militar.*

*No hay aeropuerto en la isla; las comunicaciones marítimas con Inglaterra y Ciudad del Cabo son raras y están reservadas por prioridad a los habitantes. ■*





El cenador del jardín de Longwood, a donde al Emperador le gustaba ir.

car los restos mortales del Emperador. Las autoridades inglesas se encargan de la exhumación. «La emoción comenzó a embargarnos a todos cuando vimos descender lentamente el ataúd desde la montaña, acompañado por el tronar del cañón, escoltado por la infantería inglesa, con el arma a la funerala, tocando la música... El general Middelmore... me hizo entrega del cadáver, y el ataúd fue bajado a la chalupa de *La Belle Poule*, que entonces se puso en marcha hacia el barco. Fue un momento muy hermoso. A una puesta de sol magnífica le sucedió un crepúsculo de profunda calma. Las autoridades y tropas inglesas permanecían inmóviles, alineadas en la playa, mientras que el cañón de nuestros barcos efectuaba el saludo real. Yo iba a popa de

mi chalupa, en donde tremolaba un soberbio pabellón tricolor bordado por las damas de Santa Elena. A mi lado se encontraban los generales (Bertrand y Gourgaud, que subieron a bordo de *La Belle Poule*), los oficiales superiores, el señor de Las Cases... mis mejores guardias completamente vestidos de blanco, con el crespón en el brazo, con la cabeza descubierta como nosotros, bogaban con un silencio y una precisión admirables...» (Príncipe de Joinville, «Viejos Recuerdos»).

Al llegar a Cherburgo, el príncipe de Joinville recibe la orden de transportar el ataúd a un barco de vapor y conducirlo por el Sena hasta París. En los Inválidos, al fin, el rey acude a recibir el cadáver a la entrada de la nave. La profecía de Víctor Hugo se

había realizado: «Majestad, volveréis a vuestra capital...»

## La adquisición de los dominios franceses

A la muerte de Napoleón, una vez regresados sus fieles a Francia, y recogidos piadosamente los objetos de Longwood por Bertrand y Montholon, o vendidos *in situ*, el edificio pasó nuevamente a ser propiedad de la Compañía de la India Oriental Inglesa; después, al ser estatalizada, lo fue de la Corona Británica. Fue arrendada a un granjero que la convirtió en una explotación agrícola. Se dice que una trilladora giraba en el salón del emperador, mientras que en su dormitorio se encerraban los carneros... Había que pagar tres chelines a los astutos negociantes para ver el Valle de la Tumba, propiedad privada.

Napoleón III puesto al corriente de este estado de cosas por oficiales de la Marina que habían hecho escala en Santa Elena, negoció con el gabinete británico la compra de los dos terrenos. En 1854 compró el Valle de la Tumba por 1.600 libras esterlinas. Longwood House, que había sido arrendada para muchos años todavía, no podía ser vendida más que a cambio de una indemnización cuantiosa. Napoleón III mandó abonar la suma. Se asignó además un capital de 1.000 libras a la colonia para compensarla de la pérdida sufrida por la enajenación de Longwood. El importe de 7.100 libras, equivalente a 1.420.000 pesetas, aproximadamente, fue pagado al Tesoro británico a través de la Banca Rotschild, y la reina Victoria aprobó en consejo privado la renuncia de la Corona a los derechos sobre las propiedades, que fueron atribuidas a Napoleón III, tío de Su Majestad el difunto emperador Napoleón I» (G. Martineau). Finalmente en 1858, el jefe de escuadrón de Rougemont, comandante de las residencias imperiales, tomaba posesión de las dos propiedades en nombre de Francia. Después de esta fecha, un representante francés se establece en la isla. En 1959, la bisnieta de William Balcombe, Dame Mabel Brookes-Balcombe, de nacionalidad australiana, volvió brevemente a Santa Elena para negociar con la compañía «Cable and Wireless», propietaria de todo el valle de los «Briars» la compra del pabellón y los jardines que lo rodean. Tan pronto como quedó firmada la escritura, Dame Mabel Brookes donó a Francia el pabellón de los «Briars» ■ R. S. (Traducción de Francisco Torres Olives).